

Papá manejaba dormido

A *Jardín Florido* lo cargaban porque salía con una mujer muy fea. “El mono”, le decían, a la fea. No era su novia ni nada, era su amante. Los colectiveros tienen, en general, una gran capacidad para acumular mujeres, para apilarlas. Pero les cuesta diferenciar. Ellos apilan, nomás. Me acuerdo de ese tango de Discepolo, cantado por Julio Sosa, que le gustaba mucho a papá, “Justo el 31”. “Era un mono loco que encontré en un árbol, una noche de hambre que me vio pasar”, cantaba Sosa.

Además de *Jardín*, otro gran bagayero era el *Exquisito*. Lo llamaban así porque no tomaba mate, tomaba té. Eso lo convertía en un tipo sofisticado. Una vez, papá y yo subimos al colectivo del *Exquisito* y el tipo le daba charla a una gorda descomunal que estaba vestida con una calza fucsia. Papá me guiñó un ojo y yo pensé enseguida en el tango de Discépolo.

Papá, muchas veces, manejaba dormido. Un día me dijo que a la madrugada sentía que se le cerraban los ojos y perdía la noción de la realidad. De repente se sobresaltaba y se daba cuenta que estaba sentado en el colectivo, que casi no había pasajeros, y que había avanzado veinte o treinta cuadras desde la última vez que tuvo conciencia del tiempo.

Orina culpa

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

En el contexto de los hechos narrados en anteriores números, y a expreso pedido de todos aquellos que pudieron sentirse heridos por mis palabras, aclaro:

- La letra E debe ser considerada la segunda vocal, y no la tercera.
- La filatelia no es el deporte de los constipados.
- Ninguna religión considera pecado comer carne los miércoles.
- Si bien es un poco pecho frío, es el único e irremplazable (mal que le pese a ciertos enanos sobrevaluados por la prensa).
- La suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa (si no encuentra la hipotenusa, desatienda el ítem anterior).
- Más de cuarenta pesos por un unipersonal es un exceso, por galardonados y putos que sean el autor y el protagonista de la obra.
- El tránsito de la ciudad mejoraría mucho si se enseñara más estadística en las escuelas.
- En invierno suele hacer frío (de hecho la definición de invierno requiere tal condición)
- El Imperio Romano ya no es lo que era.

Papá, muchas veces, manejaba dormido.

Un día me dijo que a la madrugada sentía que se le cerraban los ojos y perdía la noción de la realidad.

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Me acuerdo mucho de papá, últimamente. Sobre todo tengo la imagen, enorme, de sus bigotes. Un bigote de muchos colores. Blanco, colorado y también un poquito marrón, en la zona de la boca. Marrón de tanto tabaco.

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Ariel BERMANI

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

10)La calle Monte Egmont ahora se llama Tres Arroyos y cruzando Warnes se llama Gurruchaga, y es la calle en la que está el Cristo de la mano rota.

11) Las zurditas no son TODAS fáciles, sino sólo algunas (las mas putitas).

12) “Anything that interrupt music I hate” es una frase poco feliz, independientemente de la calidad como compositor e intérprete de quien la diga.

13) Según una investigación de urólogos finlandeses (The American Journal of Medicine (2008) 121, 592-596), los hombres que tienen sexo mas frecuentemente tienen menos problemas de impotencia.

14) “Añoche de nuevo te vieron mis ojos” no sería tan buen principio para un tango si no dijera un poco después “pa que te habré visto si después de todo...”

15) Nunca vi a Borges en persona. Tampoco a Bioy Casares. Pero una vez vi la camioneta de Volpato Producciones (en la época en que Midachi estaba disuelto).

16) Después del segundo recital en River, Serú Giran volvió a salir y tocaron canciones de los Beatles, La Balsa, y otros clásicos (y eso lo vi yo).

Mariano QUINTERO

Domicilio Desconocido — 100

El silencio invisible

En el parque el silencio era total, era absoluto, era un descanso en la escalera de los balbuceos, un cráter en la llanura de los alaridos, un asiento en el museo de los chillidos. Pero no era como una carie en el molar del bisbiseo del viento ni un cálculo en la vesícula de las séptimas mayores: era un recreo lejos del patio vigilado por los timbres preceptores y las señoritas campanas, una marioneta libre de los hilos de las exclamaciones.

El silencio me hacía sentir cómodo y bueno, más cómodo que la ostra para las perlas y más bueno que el yodo. Me hacía más poderoso que un pisa papas eléctrico o que un lector de pensamientos de bolsillo y deseé que fuera tan perdurable como el éxito de los escarbadientes.

Pero en un momento el silencio empezó a parecerme sospechoso y redundante, tan sospechoso como un perro violeta y tan redundante como el mate amargo. Ya no me sentía cómodo ni bueno y mi seguridad era la misma que en un ascensor sin

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Incendio en el televisor

La idea era estar sólo un Cacho Fontana, pero era Tiempo de Siembra y me quedé la Telenoche entera.

No sé como empezó el incendio.

Las Llamas de Madariaga cubrían las paredes.

Pensé que Memoria.

El techo: Negro Olmedo. La gente: Cris Morena.

Entramos en páNico Reppetto.

Hubo que buscar un líder.

“¡S - baraglia!”, gritó uno. “¡Acá Reina Reech!”, dijo otro.

Dí un Dopazo al frente para hacerme cargo.

Me miraron desconfiados. “¿Nadie me Telefé?”, pregunté.

“¡Yazalde! ¡Yazalde!”, contestaron.

Octubre, la gata gris, dormía a los pies del señor Shim toda la noche.

El señor Shim tenía un mal dormir. Sacaba los pies de las cobijas aunque estuviera tapado con dos frazadas hasta la mitad de la cara.

Era minucioso y metódico a la hora de abordar las diferencias. Prefería tener frío o calor en distintas partes del cuerpo antes que dejarse apaciguar por la tibieza uniforme, por el equilibrio de la conveniencia; la negociación no era su fuerte.

El señor Shim comenzaba la noche durmiendo sobre el lado izquierdo y cuando giraba en la cama, la pierna que antes estaba abajo se extendía en alto hacia la derecha haciendo un arco perfecto por encima de la gata, sin siquiera rozarla. En los siguientes y constantes giros, hacia un lado y su reversa, haría lo mismo. El mismo resguardo. Aún sumergidos ambos en las profundidades caleidoscópicas de sus sueños, cada uno reservaba una pequeña área de dominio motriz destinada a profesarse

ODRADEK — 37

paredes. Lo único seguro era la posibilidad del peligro, un peligro tan abrumante como una cuchilla sin mango. La incertidumbre me producía más temor que las máscaras de oxígeno amarillas de los aviones o que la sed en el desierto.

Anhelé impetuosamente que algo cortara el silencio, de la misma forma como se cortan para siempre las cintas de embalar de las encomiendas. Ansié la intencionalidad de los bocinazos, la perseverancia de los zumbidos y la diligencia y predisposición de todas las ondas sonoras que interrumpen la siesta. Pero esperar me fue tan útil como un molino sin aspas o un café frío.

Cuando decidí ponerle fin a mi titubeo y descubrir de dónde provenía la fuente de mi perturbación, caí en la cuenta de que el silencio estaba tan en mí, era tan absoluto y total, que ya ni pude ver el parque.

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Javier LAQUIDARA

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Estaba lleno Dinúbila y no se veía nada.

En Síntesis, buscando algo de Frigerio me lastimé un Pessoa.

La herida parecía Chiquita Legrand pero era más bien Grondona.

En eso se acercó un Chico Novarro.

“¿Te Dolina?”, me preguntó. Yo le Guiñazú un ojo y me la aguanté Nahuel Mutti.

A esa altura estábamos Pino Solanas. Le hubiera dado mi teléfono pero me quedé Sean Penn.

Tomé un Valderrama y Passarella un trapo. Dejé todo Chiche Gelblung.

Ese fue el Jonathan Pryce que tuve que pagar; bastante Caro Figueroa.

Encaré la salida. “¡Si te vas, Serrat!”, gritó mi chico.

Yanina BOUCHE

Octubre

respeto mutuo. Tenían un buen sentido nocturno de la convivencia. Los unía una larga amistad basada en la precisión, sin que esto significara que uno actuase como reflejo del otro.

Cuando el señor Shim pasaba de un sueño a otro, resoplaba largamente con un remate estrepitoso. La gata dejaba pasar un minuto y medio y lanzaba un ronquido leve, brevísimo, confirmando que todo seguía en su cauce y que no había sido molestada.

Cinco minutos antes de sonar el despertador, Octubre estiraba al máximo su columna con la inhalación de un bostezo y se mudaba a la almohada para estar cara a cara con el señor Shim cuando despertase. Los cinco minutos se le hacían una eternidad. Pero aguardaba erguida por la prudencia, sabiendo que no habría en el mundo mayor prodigio que los ojos abiertos de ese hombre tan amado.

El título de esta columna es un juego de palabras. El verbo orinar, que significa hacer pipí, también puede significar culpar.

Nora MARTÍNEZ

Epifanía

Otra cosa eran las calles de Granada, quizás por aquel García Lorca que la editorial Aguilar había depositado en la Biblioteca Municipal de una ciudad de otro continente. Calles familiares como la siesta, y borrosas como un sueño. Prestancia de imágenes casuales que simulan un destino, pasos del azar que invocan una trayectoria fatídica. Ahí estaba Santiago, santo de sus maneras. Alto y delgado, atravesado por el flamenco como por un mensaje divino, se dejaba llevar por la inercia de la ciudad y el murmullo de la historia. La marihuana, separada del prestigio de la modernidad, era el vehículo de un retorno a orígenes perdidos. Porque el origen estaba presente, petrificado en la ciudad donde se mezclan lenguas y estilos, cuerpos y billetes de diferentes países. Por momentos, España era una casa de cambio donde nombrar los lugares bastaba para definirlos. Braun recordaba

a un castellano borracho, gritando furioso por los adjetivos. Ustedes -decía- adjetivan. Dicen que hicieron un paseo maravilloso por Castilla. ¿Cómo se puede adjetivar a Castilla, cómo se puede decir de algo que es maravilloso?

Quedó sorprendido de que no fuera el tono, el vocabulario, sino el adjetivo. Además, agregó, se trata de adjetivos depredadores, de adjetivos que roen, de adjetivos contra el misterio de las cosas.

Por las calles de Granada esto no tiene importancia, puesto que las palabras separadas de la voz se pasean solas, La voz por un lado, en el continuo de una dulce queja, y las palabras por otro, cubren lo que la voz revela. Ironías y juegos de palabras para ocultar la queja de la voz, la queja que continúa una sola sílaba hasta borrar sus límites. Los andaluces no defienden el sustantivo y la sustancia,

sino que se pasean por el origen perdido y presente.

Nada de esto, sin embargo, en Málaga. Nada de esto había escuchado tampoco en Sevilla, con una reserva de aquellos señoritos que en su país parecían castellanos. ¿Qué era, en definitiva, España? Esa caja china de lenguas dispares y tradiciones diversas, no podía definirse de ninguna manera. Aquella imagen escolar de España, confirmada por los inmigrantes campesinos que llegaban de Galicia, se borraba. Los españoles hablaban de España como de un objeto que en extensión no podía recorrerse, y que en intensidad no podía definirse. España estaba frente a cada uno, como el toro frente al torero: aturdida, ciega, herida y expectante.

Germán GARCÍA



"El Físico" (detalle) - Nora MARTÍNEZ

Habitación 211

Subo los dos tramos de escaleras de mármol después de atravesar el umbral desierto. Hay un silencio que lo inunda todo. El silencio de la muerte inminente, el silencio ciego de lo irremediable, el estallido ensordecedor del vacío. Me detengo en el descanso del entresuelo. Enciendo un cigarrillo que fumo despacio, dejando escapar el humo por los ventanales abiertos que dan al parque. El revoltijo de mis tripas se calma de a poco. Hace años que no puedo pisar un hospital sin que instantáneamente se me declaren unas náuseas incontrolables.

El pasillo, iluminado apenas con una luz mortecina y amarillenta de tubos fluorescentes, está reluciente y deshabitado. Apenas dos bancos de madera oscura y un teléfono público.

Me ofrecí a pasar la noche aquí, pero en realidad no quiero hacerlo. Ni siquiera sé si tengo la fuerza suficiente para hacerlo.

Puedo ocuparme de trámites interminables, puedo hacer largas colas, puedo lidiar con empleados descerebrados, puedo conseguir lo inconseguible en tiempo récord, puedo hacer malabares con los formularios, los documentos, las recetas, los justificativos y las órdenes médicas, puedo atravesar media ciudad a horas estrambóticas, puedo hacer todos los llamados necesarios, puedo

vaciar recipientes llenos de pis, esputos y mierda, conectar y desconectar tubos de plástico, sueros, bolsas de colostomía y goteos. Pero sencillamente no puedo pasar la noche aquí.

Es una sofocación egoísta. No hay modo. Y él lo sabe. Cuando tres horas después, ya de madrugada, me pide por favor como si el favor se lo hiciese yo a él que me vaya a casa, que no es preciso que me quede, que faltan pocas horas para que llegue el relevo y que se siente bien, él lo sabe.

Y yo, que soy un jodido egoísta, se lo agradezco y le doy un beso, y bajo los escalones, y enfilo hacia la puerta enrejada, y respiro el aire descompuesto del hall de entrada, y me quedo un rato afuera, fumando, antes de meterme en un taxi.

A la mañana siguiente abro los ojos y mi mano choca contra una botella vacía, y cuando me levanto mis pies se posan sobre un charco húmedo y amarillento.

Es la tercera vez en la semana que meo dormido y de pie en medio del cuarto.

Adrián DRUT

Año III - Octubre 2008 - Número 27
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Franz Kafka

Periodismo cultural de investigación

Nos reunió el Director Editorial y nos comunicó los recortes: prescindirían de los correctores, a partir de ese momento cada uno corregía sus notas y se terminaban las especialidades. Los de Cultura teníamos que salir a la calle, dijo, buscar nuestro material ahí, salir de la burbuja, hacer periodismo de investigación.

Caminé por Florida buscando algo que me llamara la atención, un enigma para resolver. Lo encontré: los carteles de los mendicantes, todos escritos sobre cartón en letras desperejadas, tipografías horribles, plagados de fallos ortográficos. ¿Por qué? "Soy sordomudo...", "Tengo 7 hijos...", "Me faltan las piernas...", "Soy mujer..." pero ¿y por qué esa letra? Alguien dirá que la falta de práctica en la escritura, pero ¿acaso quienes hacen un hábito del pedir no pueden solicitar a alguien más prolijo la confección de sus carteles? ¿o es que hay una misma mano detrás de esas mayúsculas de distinto tamaño?

Enseguida recordé a los acordeonistas yugoslavos o húngaros que poblaban nuestras calles hace unos años. Aparecieron con las privatizaciones acaso como parte de algún convenio espurio. Ellos también portaban carteles

Caminé por Florida buscando algo que me llamara la atención, un enigma para resolver.

Lo encontré: los carteles de los mendicantes, todos escritos sobre cartón en letras desperejadas, tipografías horribles, plagados de fallos ortográficos.

pésimamente escritos. ¿Qué se ha hecho de ellos? Que yo sepa ninguno se ha destacado en su especialidad, y eso que practicaban a toda hora, bajo las inclemencias de la intemperie. Con mucho menos dedicación Marta Argerich, Gerardo Gandini o Pablo Saraví, han logrado la excelencia.

Diez años después del furor tan solo queda la plúmbea novela de Bernardo Atxaga *El hijo del acordeonista*, del resto de esos músicos ni noticias.

Ese sería mi tema de investigación: músicos emigrados de países de detrás de la persiana metálica que misteriosamente tan pronto están como dejan de estar. Tenía que encontrar una explicación.

Luego me dí cuenta que al mismo tiempo que se esfumaban los acordeonistas se terminaban también los dibujos búlgaros en las corbatas, entonces tuve la seguridad que atrás de estas supuestas coincidencias se hallaba una organización mucho más importante de lo que me temía.

Roberto GÁRRIZ

De Rusia con amor

Contramano de la primavera, que obediente con su fama de fertilidad y días soleados, reprodujo por docenas a jóvenes socios con sus mochilas al hombro, Betty persistió por los primeros días de septiembre con el vestuario invernal en el que mezclaba el montgomery gastado que alguna vez fue de Alcides y el gorrito pituco que le regaló la querida María Luisa para el Día del Amigo.

Convencida de los beneficios de las infusiones que la misma Betty me enseñó en mis primeros días en la Biblioteca, y dispuesta a pasar por alto semejante muestra de frío interno, le preparé un tecito helado y se lo llevé hasta el depósito, con la secreta esperanza de que su incursión por esos anaqueles no tuviera otro fundamento que el del orden obsesivo. Pero esa dichosa posibilidad quedó rápidamente descartada cuando, desde la puerta, la luz de la ventana me mostró a una Betty asomada a la banderola y susurrándole vaya a saber qué cosa al bicho canasto que habíamos decidido no remover de ese secreto refugio hasta el invierno.

Acercarme y que tratara de bajarse con cierta elegancia fueron una sola cosa, y Betty, lejos de hacer algo por superar la incomodidad de la escena, se explayó en las dificultades que su don

de gentes afrontaba frente al silencio con que la larva resistía los intentos de diálogo. Mirando por encima de su hombro, y aprovechando que los anaqueles que quedaban a la altura de mi mirada cargaban con algunos clásicos de la lingüística pragmática, intenté raudamente soltarle un conjunto de ideas sobre la posibilidad del diálogo, los actos de habla y las últimas teorías de la comunicación.

Pero Betty, con la mirada comprensiva de quien ya pasó por las explicaciones de los papers académicos y los test de Para Ti, miraba fijamente los dos cubitos que flotaban en el *ice tea* y esperaba amablemente el momento de meter un bocadillo.

Un rato después, asentí en silencio cuando Betty mencionó la necesidad de hablar aunque el otro ya no escuche, y de las bondades de callarse cuando las explicaciones ya fueron demasiadas o quizás ninguna, y de la duda entre gritar o llamarse a silencio por mil años, y de la dificultad de entender el modelo de Jakobson cuando llega la primavera.

María Martha GIGENA